

LA APROPIACIÓN INDIVIDUAL DE LOS BENEFICIOS DEL TRABAJO COLECTIVO

Para Leah

GUILLERMO PEIMBERT ¹

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros (ONU, 1948).

I. UN CUENTO

Me han dado de alta en un hospital psiquiátrico de la ciudad de México y decido irme a vivir a la playa, entre pescadores. Después de varias semanas los ojos curiosos se han dado cuenta que la cosa va en serio y, bajo las miradas desconfiadas de los cooperativistas y mis promesas en la asamblea comunal, obtengo el permiso de los vecinos. Comienzo a construir mi casa a la orilla del mar; soy nuevo en el pueblo y sólo conozco a una familia: ésa con la que solía ir de vacaciones. Algunos vecinos, después de ver los grandes esfuerzos con los que he logrado construir la estructura, se apiadan de mí y deciden ayudarme. Una gran cantidad de palmeras deben ser transportadas hacia la parte superior de la casa para cubrir el techo. Cada uno ha tomado una pila y sube por la escalera cargando lo que más aguanta. Después de cuatro horas de trabajo, agradezco la ayuda con cervezas pero aún falta mucho. Al rato, todos cansados, nos juntamos a comer y conversar: les comento que sería mejor si nos acomodáramos a lo largo de una fila y pasáramos de mano en mano las palmeras desde abajo de la escalera hasta arriba. Después de comer, ponemos en práctica el plan y acabamos mucho más rápido. No caminamos tanto, ni cargamos grandes e incómodas pilas. En filita, pasando las palmeras de mano en mano, rápidamente, terminamos el trabajo entre bromas.

Ya en la noche, al calor de la fogata, explico eruditamente: «Gracias a la cooperación organizada de acuerdo a un plan preconcebido se han combinado

¹ Es importante aclarar que vivo en México y desde mis frustraciones *glocales*, escribo.

los trabajos individuales y ha surgido algo distinto a la simple suma de los trabajos individuales: hemos cooperado en una misma actividad.» Y añadió: «ya lo dijo Marx»... la gente mira desconfiada.

Continúo: «Además, al descubrir esto, todos nos sentimos motivados –también un poco tontos por lo que veníamos haciendo antes–, pero satisfechos de haber aprendido la lección: nos sentimos más potentes en grupo.» Y añadió: «ya lo dijo Antón Makárenko»... la gente me mira desconfiada. A pesar de eso, me siento orgulloso ya que todos me escuchan atentos. Concluyo: «Algo ha sucedido: hemos generado cooperación –fenómeno político y productivo–, como las hormigas; además, hemos generado algo simbólico: compromisos, lazos amistosos, símbolos, valores, como lo dijo Marcel Mauss...», la gente me mira desconfiada.

La semana siguiente me llaman para ayudar a retirar las piedras que nos impiden llegar fácilmente al río. El camino lo terminamos en dos días. Se organiza una gran fiesta y «bautizamos» al nuevo camino con una palabra extraña que significa: el de todos.

Con unas cervezas más encima continúo evidenciando mis deformaciones profesionales: «Este ejemplo pone de manifiesto una característica del trabajo cooperativo: éste es cualitativamente distinto a la suma de los trabajos individuales, finalmente y desde el punto de vista productivo, da como resultado un beneficio mayor al de la simple suma de los trabajos individuales. Desde el punto de vista político reproduce una estructura de organización y desde el punto de vista cultural, generé un complejo de relaciones comunitarias, de compromisos, símbolos y representaciones sociales particulares. Esto es posible gracias a que alguien se le ocurrió “un plan”, y a que todos aceptamos seguirlo. Nos sometimos a una actividad “nueva”, aburrida, rutinaria, poco creativa y cansada, tal vez –mover las manos y brazos rítmicamente pasando palmeras durante algunas horas–, pero lo hicimos porque nos convencimos de la ventaja que todos obtendríamos de esto. El trabajo cooperativo produjo beneficios superiores y los que participamos en él creamos relaciones y representaciones –con sus signos positivos y negativos– finalmente obtuvimos ventajas productivas y sociales...». La gente me mira desconfiada. Concluyo mi letanía con dos citas:

Llamamos *comunidad* a una relación social cuando y en la medida en que la actitud en la acción social –en el caso particular, por término medio o en el tipo puro– se inspira en el sentimiento subjetivo (afectivo o tradicional) de los partícipes de *constituir un todo*.

Llamamos *sociedad* a una relación social cuando y en la medida en que la actitud en la acción social se inspira en una *compensación de intereses* por motivos racionales (de fines o de valores) o también en una unión de intereses con igual motivación... Weber, 1984.

La apropiación individual de los beneficios del trabajo colectivo

... la gente me mira desconfiada y alguien se atreve a decirme: «¡con razón te encerraron en la casa de la risa, pues!».

II. LA INCREÍBLE COMPUTADORA PERSONAL

No muy lejos geográficamente del cuento, me encuentro en una ciudad donde la comodidad impera tan soberana como la soledad. Aquí la división del trabajo es tan excelsa que la gente puede pasar toda su vida productiva, por ejemplo, estampando un sello de goma con letras que nunca ha comprendido en papeles que nunca ha leído por un salario que nunca le alcanzará. La televisión, las computadoras, los autos, y muchos otros objetos modernos nos seducen y nos obligan a trabajar más duro para cubrir sus cómodas mensualidades.

La computadora personal. Esa maravilla tecnológica que tanto nos impresionamos, olvida que es producto, entre otras cosas, de la suma invisible de miles de trabajos que han cooperado inconscientemente para ayudarme a escribir, corregir e imprimir esto.

Miles de trabajos muertos y trabajos vivos, se acumulan en este maravilloso artefacto tecnológico que apenas terminé de pagar hace unos meses. Aquí están toda clase de trabajos: los muy especializados –como los de diseño lógico– y los muy sencillos –como los de atornillar las piezas del gabinete–. Pero, a pesar de todo, este artefacto es, sin duda, fruto del trabajo colectivo y del altísimo grado de división del trabajo; de una especie de «trabajador colectivo» del que muchos formamos parte cual engranes en un sistema: somos parte de esa especie de «obrero social». Los trabajos de los programadores, de los inventores, de los que sueldan, de los que ensamblan, de los usuarios que sugieren cambios y detectan errores... bueno, hasta de los obreros de las minas que extrajeron de la tierra los metales que intervienen en la producción de las partes metálicas, el de los que escribieron los programas de cómputo para que funcione –sistemas operativos, procesadores de textos, hojas de cálculo, etc.–, etc., etc. Todos ellos están, de alguna manera, presentes en este resultado de la tecnología. Si alguno faltara, esto no sería lo mismo².

Sin embargo, hay una gran diferencia que separa esta situación del cuento inicial: el beneficio creado por esos trabajos colectivos no es repartido entre los que cooperaron para obtener esos fabulosos resultados, como en el caso citado del «camino de todos». Algo ha pasado en el mundo moderno que los beneficios del trabajo colectivo se distribuyen de forma muy desigual; se concentran y dirigen hacia unos pocos bolsillos.

² Si habláramos del automóvil, otro ejemplo, diríamos que cada auto está compuesto entre 30.000 y 40.000 piezas distintas.

La fortuna de Bill Gates, supera la suma del PIB –valor de todos los bienes y servicios generados durante un año– de México, Brasil, Colombia y Venezuela... juntos. Un solo hombre ha logrado apropiarse de la riqueza que ha producido el trabajo equivalente de millones y millones de personas. Estamos ante la creación de riqueza por medio del trabajo colectivo, pero, al mismo tiempo, ante la apropiación privada de los beneficios generados por estos trabajadores que, a su vez, sólo han obtenido lo necesario para sobrevivir y pagar sus «cómodas mensualidades». Nuestras sociedades modernas son, tal vez, las sociedades más cooperativas en la historia del trabajo. Pero también la humanidad vive, estadísticamente hablando, una de las épocas más terribles. Esto ha sido en parte posible por el desarrollo de las tecnologías, especialmente las ligadas al manejo de un producto propiamente humano: lo simbólico; materia prima de la información, el conocimiento y la inteligencia. También hay que mencionar el desarrollo de las técnicas motivacionales, de la mercadotecnia y la publicidad al servicio de la manipulación y del mercado que han llegado a ser verdaderas ideologías³. Un resultado lamentable ha sido el ensimismamiento que ha provocado la brutal ruptura de los lazos comunitarios: hemos caído en una moderna soledad en la que el fracaso personal se percibe como el resultado de una irresponsabilidad individual. Los vecinos, por citar un ejemplo, no sólo se ignoran, sino que se evitan. Se encierran en sus departamentos «de interés social» –cualquier cosa que esto signifique– y corren cada vez más rápido en sus autos, de su casa al trabajo, al supermercado, etc. La comunicación entre los actores sociales próximos es cada vez menor en las sociedades «desarrolladas». Se ha expropiado la representación de un yo común y se ha venido imponiendo una nueva subjetividad más funcional al capitalismo informacional. Los lazos solidarios de ayuda mutua –familiares, barriales, etcétera– se han sustituido por los préstamos bancarios con tasas de interés variables e incomprensibles para el común de los mortales y cuyos montos se extienden y reparten a lo largo de los años, provocando una novedosa e imaginativa forma de explotación imperceptible –cuidadosamente diseñada por la ingeniería financiera– y una nueva gama de delitos ciudadanos, también de carácter financiero.

Igualmente los capitales financieros expropián con o sin permisos, su tajada económica a través del manejo de los fondos de retiro, de los intereses de préstamos de deuda externa, etc., y socializan así, las pérdidas a la vez que privatizan las ganancias generadas por el trabajo colectivo.

³ «Estudiar la ideología es estudiar las maneras en las que el significado sirve para establecer y sostener las relaciones de dominación. Los fenómenos ideológicos son fenómenos simbólicos significativos en la medida en que sirven, en circunstancias sociohistóricas particulares, para establecer y sostener las relaciones de dominación.» (Thompson.)

La apropiación individual de los beneficios del trabajo colectivo

Lo más asombroso de este proceso es que esos millones de personas que trabajan como «obreros colectivos» han perdido la conciencia y el sentimiento de *formar parte de un todo* y no es que lamentemos el proceso de secularización vivido durante la época moderna, sino que lamentamos que la gente no sólo ignore su pertenencia a la humanidad, sino que, y esto es lo triste, justifican al señor Gates, y hasta desean ser como él. Están convencidos de que Gates es un ser admirable. Ha sido tan hábil en su juego que millones de personas trabajan para que él y sus socios se enriquezcan cada vez más mientras ellos, los que en realidad producen la riqueza con sus manos, se empobrecen en la misma proporción.

Sobre los 4.500 millones de personas que viven en los países en desarrollo, más de un tercio (o sea 1.500 millones) no tiene acceso al agua potable. El 20 por ciento de los niños no ingiere las calorías o proteínas suficientes y alrededor de 2.000 millones de personas, un tercio de la humanidad, sufre de anemia... 300 millones de niños son explotados en el mundo, en condiciones de brutalidad sin precedentes... A escala planetaria, uno de cada dos niños sufre de malnutrición. Más de 3.000 millones de personas, la mitad de la humanidad, viven con menos de 2 dólares por día... el quinto más rico de la población dispone del 80% de los recursos, mientras que el quinto más pobre dispone de menos del 0,5% (Ramonet).

III. EL OFICIO DE GENERAR MIOPIA

La primera de las cuatro grandes obligaciones a cargo de la dirección es la de reunir gradualmente todo el conocimiento empírico que poseen los artesanos... que se halla en las cabezas, las manos y los cuerpos, en la aptitud, habilidad y destreza de esos obreros. Clasificarlo, tabularlo y, en la mayor parte de los casos, reducirlo a leyes y reglas, elaborando en muchos de ellos fórmulas matemáticas que, al aplicarse con la cooperación de la administración al trabajo de los obreros, conducirá a un aumento enorme en la producción de los trabajadores...

La segunda de las nuevas obligaciones asumidas por la dirección es la selección científica y posterior mejora progresiva de los trabajadores. Éstos se estudian... igual que se estudiaban las máquinas en el pasado, y se estudian más que nunca... Después de estudiar al obrero y de conocer sus posibilidades, procedemos, como un amigo respecto a otro, a tratar de hacer progresar a todo trabajador a nuestro cargo a descubrir sus mejores facultades y adiestrarle para realizar una clase de trabajo más elevado, más interesante y más provechoso que el que realizaba en el pasado...

 Guillermo Peimbert

La tercera obligación es la de acostumbrar al trabajador científicamente escogido, a la ciencia. Hay que «persuadirle». Sin esto no lo haría nunca... Alguien tiene que inspirar a los obreros para hacer el cambio, porque no acecerá naturalmente...

El cuarto principio es una división reflexiva del trabajo que antes era realizado por los trabajadores, en dos secciones, una de las cuales pasa a la administración. Una masa inmensa de nuevas obligaciones que antes correspondían a los obreros, pertenecen ahora a la dirección...

Taylor, 1911

¿Qué ha pasado? Veamos el desarrollo de un grupo de tecnologías particulares: las tecnologías disciplinarias. Éstas han logrado neutralizar el deseo de la gente de influir sobre las decisiones de qué hacer con los beneficios de su trabajo colectivo, de generar disciplina al interior de los centros de trabajo y fuera de ellos, han logrado generar en las instituciones estructuras incitativas para propiciar conductas esperadas en los pocos desesperados que aún conservan su empleo y han perdido cada vez más la autonomía de sus movimientos. Estas tecnologías disciplinarias son el gran invento tecnológico moderno: técnicas de producción de mando que son imperceptibles. El mando se ha convertido en contabilidad y ha perdido su apariencia política. Y se han sofisticado a tal grado que en mucha gente hoy la dominación es ejercida imperceptiblemente y se ve como algo natural, matándonos el derecho a soñar con un mundo distinto y mejor.

Y la superdivisión del trabajo ha llegado a ser un elemento central en este proceso: la producción es para el obrero social que trabaja y para el que dirige la cooperación social, y el mando absoluto es para el patrono anónimo, supremo soberano.

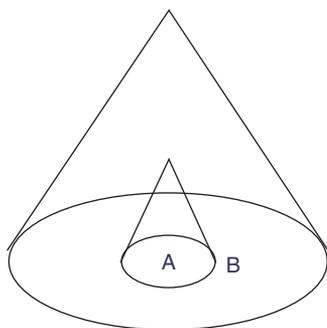
El mismo trabajo intelectual, que tanto ha desplazado al manual en la producción, se ha convertido, en nuestras sociedades de capitalismo informático, en objeto de análisis para generar estructuras cibernéticas de control. El mando político se extiende, por un lado, a través de intervenciones inteligentes y por el otro, limitando al conocimiento y al manejo de la información de manera miope a los pocos que aún conservan —y tal vez no por mucho tiempo— su trabajo asalariado. Todo esto con el objeto de lograr una reproducción constante, legítima y efectiva del mando. ¿Cómo opera?

Como conos de luz. El trabajo intelectual, gracias a una mayor perspectiva visual que logra superar al trabajo manual, puede, y lo ha logrado a lo largo de los años, explotar los beneficios del trabajo manual. Hasta lo ha logrado avergonzar de sus propias manos.

Si imaginamos un punto de luz que se expande hacia abajo, podremos ver que el cono logra abarcar un campo de visibilidad determinado. El «plan» que

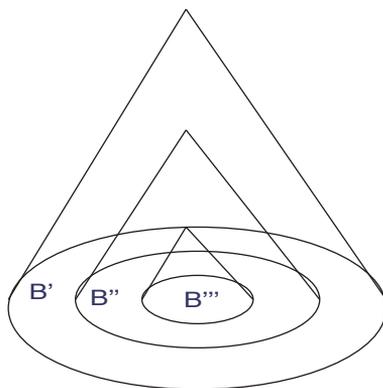
La apropiación individual de los beneficios del trabajo colectivo

marcó la diferencia con la situación «sin plan» de nuestro cuento inicial, logró mejorar y superar la característica puramente instintiva del trabajo.



Podríamos decir que el campo de visibilidad del trabajo manual (A), sin la ayuda del trabajo intelectual (B), descentrado de su experiencia inmediata⁴, permanece en un espacio más limitado. El espacio de visibilidad (B) implica ubicarse «por encima» de (A). Es una toma de distancia que, en las sociedades clasistas, ha implicado la existencia de «otros» que resuelvan el problema de la inmediatez (esclavos, siervos, obreros que realizan el trabajo manual). Platón y Aristóteles sabían bien que sus trabajos intelectuales no podrían realizarse sin la existencia de los esclavos.

Pero dividamos aún más el trabajo intelectual en tres operaciones:



⁴ Que implica la posibilidad de encontrarnos en una situación en la que sea posible la recopilación de información basada en las experiencias previas, de procesos de generalización de experiencias mediante inducciones, y otros cada vez más abstractos que implican generación de conocimientos siempre en contraste y enriquecimiento colectivo hasta la generación de teorías amplias y de aplicación general, sin tener que preocuparnos por conseguir el alimento, por ejemplo.

El campo B^{'''}, el más limitado hace referencia a un punto muy cercano al trabajo manual. Es el uso de la razón más cercano a lo instrumental y concreto, permite generar enunciados informativos. Es el más ligado a la experiencia concreta y a las operaciones de registro de experiencia y el más alejado de la reflexión abstracta –excluyendo al trabajo manual (A) sin reflexión–. Si imaginamos un directorio telefónico, la colección de todos los registros –compuesta por una inmensa cantidad de información– estaría dada por este primer círculo concéntrico. Podríamos construir enunciados informativos con esos datos⁵.

Un segundo círculo concéntrico B^{''}, un poco más grande, hace referencia al nivel de conocimientos que se pueden producir a partir del análisis de esta primera información. Podríamos, siguiendo el ejemplo del directorio telefónico, descubrir niveles de densidad diferencial entre las diferentes zonas: la urbana y la rural; las colonias donde se registran más teléfonos, etc. Este segundo nivel de análisis nos lleva a descubrir regularidades y diferencias. La generación de conocimiento se basó en ese primer nivel de análisis de la información.

Un tercer círculo concéntrico B['], referente al nivel de uso de la inteligencia, tendría que acudir al uso de alguna teoría abstracta⁶ para explicar y comprender lo descubierto por los dos niveles anteriores. Nuestra referencia podría hacerse, por ejemplo, a una teoría sociológica que explicara la distribución clasista de los recursos económicos en la sociedad. El uso de la inteligencia, como vemos, requiere de un nivel de formación y complejidad mayor que los anteriores.

A pesar de todo, sabemos quienes seguimos creyendo que una sociedad debería buscar que cada ser humano fuera «completo», lo cual implicaría la posibilidad de una integración de todos los niveles del trabajo intelectual y manual en cada persona.

El ejercicio del poder en la era tecnológica ha requerido del uso de esos niveles y la asignación diferencial en sujetos distintos y especializados, lo cual resulta, evidentemente, enajenante. La forma como la organización del ejercicio de poder se ejerce, requiere limitar hacia abajo los niveles de visibilidad del inferior. Los trabajadores llamados «técnicos» son esos que están en los niveles intermedios entre el uso del trabajo intelectual (B) y el del trabajo manual (A). Son especialistas que han perdido la posibilidad de aspirar a utilizar la inteligencia en forma integral y que se dedican a «resolver problemas» operativos sin pensar en las consecuencias más generales y globales que tienen que ver con, por ejemplo, el destino de la comunidad humana o de la totalidad universal –y dicho

⁵ Esta «teoría de los conos» se inspira en el trabajo de Passeron expuesta en *El razonamiento sociológico*.

⁶ O sea, del conocimiento acumulado a lo largo de los siglos y sistematizado en las teorías.

La apropiación individual de los beneficios del trabajo colectivo

esto bajo el riesgo de parecer místico—. Hoy, esas decisiones las toman las multinacionales imponiéndolas a los Estados que a su vez las imponen a sus pueblos. La tragedia se consuma cuando la gente asume los estigmas de sus especialidades y pierde de vista su humanidad.

El taylorismo, surgido a principios del siglo XX en las fábricas para expropiar a los obreros sus conocimientos y controlarlos mejor, se ha generalizado como método universal del control sobre los seres humanos y ha llegado a aplicarse a la división misma del trabajo intelectual. Siempre privilegiando el ejercicio del mando: es una verdadera tecnología cibernética. En esta lógica, lo que nunca se debe perder es la capacidad de controlar. El diseño cibernético del capitalismo informático se extiende por todos lados: desde las esferas de la sociedad civil hasta las estatales en las que la planificación centralizada keynesiana, se sustituye por la desregulación capitalista. Una de las claves de este proceso de control general es el control mismo del conocimiento, desde los intentos de moldear las representaciones populares, hasta las tendencias y resultados de la ciencia. Las patentes y los derechos de autor son un buen ejemplo de la legitimación legal de esto (véase el debate entre el uso de Linux vs. Microsoft (González), los problemas del genoma humano (Castells), o el origen mismo de las computadoras personales (Roszack).

Sin embargo, este intento de control sobre las mentes humanas, no ha estado exento de resistencias y contra propuestas tecnológicas que, desde el mismo interior del desarrollo científico tecnológico han luchado por generar esquemas más horizontales y antimonopólicos. Existen múltiples ejemplos de esto.

IV. DERECHOS DE PATENTE Y DE AUTOR, O DE HUMANO

... El siguiente requisito cultural es, entonces, la justicia, o sea, la seguridad de que el orden jurídico ya establecido no se quebrantará para favorecer a un individuo... El resultado último debe ser un derecho al que todos... hayan contribuido con el sacrificio de sus pulsiones y en el cual nadie... pueda resultar víctima de la violencia bruta
(Freud, 1929).

Como dice Jesús González Barahona (2001), al referirse al caso del software «una patente da monopolio sobre una tecnología». Los llamados derechos de autor y de patente son parte de ese invento jurídico (tecnología política) para apropiarse del producto del saber colectivo y convertirlo en propiedad individual y privada. Son la justificación legal de la apropiación individual de un beneficio producido por el trabajo colectivo. El «dueño» de la patente o de los derechos de autor, puede decidir —en teoría— si se usarán los conocimientos tec-

nológicos o sus resultados, cómo se usarán, quién los puede usar, cuándo y para qué se pueden usar. Puede vender *sus* derechos, enriquecerse individualmente por medio de las regalías o impedir el uso de los mismos en cualquier momento. En suma, obtiene el poder de usufructuar ese conocimiento *como si fuese suyo*.

El conocimiento colectivo, así, adquiere la forma de una mercancía que se puede intercambiar como cualquier otra. Incluso, los mismos investigadores y científicos así como los desarrolladores de tecnología han llegado a creer que deben «defender» «sus» conocimientos y no darlos a conocer hasta que estén registrados ya que esto les permitirá competir contra los otros y allegarse el mayor beneficio individual en esa lucha por la patente o la autoría. Esto ha afectado negativamente la producción de nuevo conocimiento. Tan grande es el absurdo que quienes han patentado ya bases de datos relacionadas con la información sobre el genoma humano, podrían, si se diera el caso, negarse a salvar una vida si antes no se pagan los derechos de patente. Esto, desgraciadamente, no es ciencia-ficción (Castells).

Afortunadamente esta historia, como ya hemos dicho, no ha seguido un camino único. Hay quienes han defendido la idea de que no todo debe ser convertido en una mercancía. Estamos en la encrucijada sobre cómo revalorar la política y convertirla en algo más que un jugoso negocio. En la microhistoria de las computadoras personales, por ejemplo, se expresa una lucha entre quienes buscan mantener un control centralizado para mejor imponer y quienes buscan socializar los beneficios del trabajo colectivo y devolverle a la gente algo de lo que ella contribuyó a generar. Reconstruir ese sentimiento de pertenencia a un todo (y no sólo a la especie humana, sino a una totalidad universal) es esencial para salvarnos del caos al que hemos entrado.

Tal vez no sería aventurado decir que el «cono D» es el del capital⁷, que aún dirige las economías mundiales bajo el imperio de la ley del valor (Marx, 1981). Tal vez habría que recuperar⁸ la reflexión desde un «cono X» lo suficientemente «descentrado» de los intereses particulares como para poder ver no sólo los beneficios de la humanidad, sino los de «un todo» (Planeta, por ejemplo, para no ir tan lejos).

Después de la caída de los «socialismos», ¿dónde quedan las preguntas de cómo socializar los beneficios de la cooperación social del trabajo y de la justicia social? ¿Nos queda algo más que el imperio del beneficio individual?

Concibo en la especie humana dos clases de desigualdad: una, que llamo natural o física, porque se halla establecida por la naturale-

⁷ Sí, el mismo descrito en *El capital* por Marx (1984) desde 1864.

⁸ Pienso, por ejemplo, en la *Ética* de Spinoza.

La apropiación individual de los beneficios del trabajo colectivo

za, y que consiste en la diferencia de edades, de salud, de fuerzas del cuerpo y de las cualidades del espíritu o del alma; otra, que se puede llamar desigualdad moral o política, porque depende de una especie de convención, y que se halla establecida (al menos autorizada) por el consenso de los hombres. Ésta consiste en los diferentes privilegios de que gozan los unos en perjuicio de los otros, como el ser más ricos, más distinguidos, más poderosos, e incluso el hacerse obedecer...

Por fin, la voraz ambición, el ardor de acrecer su relativa fortuna, no tanto por verdadera necesidad como por colocarse por encima de los demás, inspiró a los hombres la mala idea de perjudicarse mutuamente; secreta envidia, tanto más peligrosa cuanto que, para herir con mayor seguridad, adoptó frecuentemente la máscara de la benevolencia. En una palabra, competencia y rivalidad por una parte; y por otra, oposición de intereses, y siempre el oculto deseo de obtener beneficios a expensas de otro. Todos estos males son el primer efecto de la propiedad y el inseparable séquito de la naciente desigualdad.

Rousseau, 1754

Todos los actores sociales tenemos hoy la responsabilidad de no olvidar que la humanidad es un ente social. Que «el hombre es un ser social y sólo puede individualizarse en sociedad». Que una sociedad que abandona a sus viejos y a sus niños al «mercado» que clasifica a sus integrantes en categorías diferenciándolos a tal grado que su especificidad llega a ser más importante que su humanidad (llámense desempleados, niños de la calle, viejos abandonados en los asilos, mujeres, homosexuales, lesbianas, etc.) no es una comunidad humana. Es más caos que cosmos. No se trata de defender posiciones retrógradas o reaccionarias, ni idealizar a las comunidades primitivas que también llegan a ser sofocantes, sino pensar en nuevas opciones a partir de la crítica de lo que hemos construido hasta ahora.

Sí, siempre he tenido más claro lo que no quiero que lo que sí; pero tal vez este sea un primer paso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Aristóteles (1983). *Ética nicomaquea*. México. UNAM.
- Castells, Manuel (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*. Vol I. México. Siglo XXI.
- Freud, S. (1929) «El malestar en la cultura». En: (1992) *Obras completas*, tomo XXI. Argentina. Amorrortu.
- González Barahona, Jesús (2001). «Consulta de la CE sobre patentes de software». En: *Todo Linux*. Año 1. núm. 5, junio. Madrid.

Guillermo Peimbert

- Makárenko, Antón. *El poema pedagógico*.
- Marx, Karl (1984) El capital. *Crítica de la economía política*. Vol 1. México. FCE. [1864]
- (1981). *El capital, libro I, capítulo VI (inédito)*. México. Siglo XXI.
- Mauss, Marcel (1971) «Ensayo sobre los dones». En: *Sociología y antropología*. Madrid. Tecnos.
- Negri, Tony (1979). *Del obrero masa al obrero social. Entrevista sobre el obrerismo a cargo de Paolo Pozzi y Roberta Tommasini*. Barcelona. Anagrama.
- (1992). *Fin de siglo*. Barcelona. Paidós/ICE-UAB.
- Organización de las Naciones Unidas (1948). *Declaración Universal de los Derechos Humanos*.
- Passeron, J.-C. (1991). *Le raisonnement sociologique*. Paris. Nathan.
- Platón (1985). *La república*. México. Editores Mexicanos Unidos.
- Ramonet, I. (2001). «Impacto de la globalización en los países en desarrollo». En: revista *Memoria*, 143, enero. México
- Rousseau, J.-J. (1974). *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*. Madrid. Aguilar. [1754]
- Roszack, T. (1988). *El culto a la información. El folclore de los ordenadores y el verdadero arte de pensar*. México. CONACULTA/Grijalbo.
- Spinoza, B. (1984). *Ética*. España. Aguilar.
- Taylor, F.W. (1911) «Los principios de la administración científica». Discurso pronunciado en octubre de 1911. En: Merrill, H. (1994). *Clásicos en administración*. México. Limusa.
- Thompson, J., B. (1990) *Ideología y cultura moderna*. México. UAM Xochimilco.
- Weber, M. (1984), *Economía y sociedad*. México. FCE.